

Los segadores y el cuco

Dedicado a Antonio Pereira y Ramón Carnicer

Escribe: Ursinos

El sorprendido campesino se rascó la cabeza en gesto dubitativo. Que una pareja de jornaleros se ofreciese en demanda de trabajo, era normal. Que se presentasen con unas copas de más, podía considerarse normal, igualmente. Que viniesen de tan lejos con una manta al hombro, el foucin en la mano y el sombrero de paja a la cabeza, parecía completamente normal. Lo que ya no era normal... Volvió a leer el papel que uno de ellos le había alargado. «Yo, el pedáneo de Canteixeira, certifico que, así como hay Dios, los vecinos Juan o do Teso y Pepe o Chingueta son segadores buenos, teitadores excelentes y majaderos inmejorables. Y para que conste, firmo, rubrico y pongo el cuño.» No, aquello no era normal. Sin duda se trataba de una equivocación en el texto.

-Querrá decir malladores.

- Non, señor, non; ahí o dice ben claro: majaderos, e dos mellares, ¿qué crei vostede?

El campesino se rascó la cabeza una vez más. Y, al fin, se decidió. Malladores o majaderos, a él tanto le daba si cumplían bien. Además, no había duda que llegaban como llovidos del cielo. Otros segadores con los que contaba, le habían respondido lo mismo que el cuco a un viejo del pueblo: "Si hace sol tengo que estar a la sombra. Si está nublado tengo que estar cucando. Y si está lloviendo te iré a ayudar». El cuco hacía tres meses que había cantado por primera vez aquel año. Era fiel al dicho popular: "Entre marzo e abril o cuco e morto ou non quer vir». Y ya se sabía que viniesen bailones, heladas o lo que fuese, a los tres meses del primer cuquido había siega. Como quiera que ésta tenía que ir acorde con el cantar del cuco, no era extraño que el campesino, a cinco de julio y sólo con la mitad de la siega hecha, hubiese aceptado a la singular pareja. El cuco había recibido ya la primera carta por

San Juan, la segunda por San Pedro, esperando la tercera y última por San Cristobó. Si después de esta fecha se segaba o se oía al cuco cantar, malo, era inequívocamente un año de hambre.

Nublado viene;

cuando la perdiz canta

nublado viene.

No hay mejor señal de agua

que cuando llueve...

Para vengar el agravio infringido a uno de sus antepasados, los segadores picaban al cuco excluyéndolo de los cantares y metiendo en su lugar a otras aves montaraces. De todas maneras, la siega ya iba adelantada. Por las tierras se veían gavelas segadas que pasarían a ser mollos. Cada poco trecho, carrelos de cinco mollos que aguardaban ser parte de los morneiros. Con un número máximo de cincuenta mollos, estos se elevaban casi en la mitad de las tierras. Y ya las mujeres se preparaban para hacer las morneiras, cercanas al lugar de cargue. Las morneiras constaban de cincuenta mollos para arriba. Con la acarrexá, toda esta sucesión de nombres y cantidades terminaban en el aira. En el aira se levantaba la meda, que en ocasiones llegaba a los mil mollos. El campesino que contaba con una de estas podía decir que había votado a fame de casa.

Cuco rabelo, rabo de cuchar, ¿cantas horas me das pra meu xantar?

Cu-cú; cu-cú... Cuatro cuquidos. El rapacín que arreaba los botijos de agua no se preocupó en demasía. Había tomado la parva y en el bolsillo llevaba un melandro de pan moreno. Bien podía esperar las cuatro horas que faltaban para la de la comida. En la niñez aquellas cosas carecían de interés... Las comidas de la siega eran de las que se pegaban al riñón: Buen cocido, chorizo, jamón, la carne de un año sacrificado, etc. La singular pareja estaba a sus anchas.

-Eu levo xantando xa dez talladas de cachucha.

También la carne de dos pellejos entraba en el menú. Y hasta era motivo de recuerdo y dichos graciosos. Se contaba que dos segadores habían comido la cachucha de un cerdo de quince arrobas. Todo fue bien hasta que a media tarde uno de ellos empezó a escapar a los veirones. Al poco rato le siguió el otro. Uno iba y el otro venía. Así durante una hora.

-Andades escagalados ou qué?

Ni tiempo tenían de contestar. Se conoce que la cosa les apuraba... Tras un conveniente descanso se volvía a la faena. Ahora era el joven el que quería saber:

Cuco rabelo, rabo de escoba,

¿cantos meses me das pra miña boda?

Cu-cú; cu-cú, -cu-cú... No eran muchos, la verdad, y el joven pensó que era conveniente ir haciendo algún dinero. En la juventud aquellas cosas comienzan a tener su interés. Dándole vueltas a la cabeza decidió ir a segar. Pero, ¿adónde? Por Maragatería y Castilla, los jornales eran más bien bajos. Además, los patrones tenían fama de cutres. Se decía que hasta racionaban la comida. Sí, en efecto, era lo mejor.

¿Qué quieres que te traiga

de La Rioja?

Un libro de refranes

hoja con hoja...

Cuando el final de la jornada ya estaba próximo, el campesino pensó que no había hecho mal trato al alistar a la singular pareja a la cuadrilla. Presentaban una siega como lo manda la ley: Llevando el corte del foucín casi pegado a la tierra. La paja era así más aprovechada. Aparte esto, eran curiosos en el atado y rápidos como una centella.

El pinche no hacía otra cosa que darles vencellos y más vencellos. Y cuando se descuidaba:

- Axina, rapaz, ¿estás amomiado ou qué? ¿E que viche a Loba da Faba?

Obligado a darse prisa, el pinche rezongaba por lo bajo: «Si as agullas que lle meteron no pan va las espetasen na lenqua»... Al fin, era el viejo el obligado a hacer la pregunta:

Cuco rabelo, rabo de ferro,

¿cantos anos me das pra meu enterro?

Cu-cú, cu-cú, cu-cú, cu-cú... El viejo pensó que era conveniente ir poniéndose a

bien con Dios. En la vejez aquellas cosas siempre tienen el máximo interés. De noche pecha, los segadores volvían al pueblo. El campesino, el último día, tras la cena del remate, pidió a la singular pareja que volviesen para el año siguiente y que llevasen con ellos a otros con idéntico certificado...